

Después llegó el momento de su popularidad, de sus destacadas actividades políticas izquierdistas. Volvió a parecerme que su postura estaba en pugna con su cátedra, que todo aquello era ilógico. Recordé que en una ocasión le oí decir:

—El bien común hay que lograrlo, haciendo el menor daño posible; mejor dicho, no haciendo daño, porque el dañado difícilmente encontrará bien lo conseguido.

Aquello me pareció pura lógica, aunque metido en uno de esos enrevesados silogismos que a primera vista parecen paradojas o imposibles.

El clima político que él había contribuido a crear estaba muy lejos de aquello que yo le oí. Incendios y persecuciones jalonaban el camino hacia aquel su «bien común». Otra ideología más firme y con mayor espiritualidad se alzó frente a los desmanes y las llamas. Y vino la lucha civil, que fue venciendo y aplastando al marxismo.

Cuando la guerra tocaba a su fin, en 1939, la figura de Besteiro surgió con la plenitud de la Lógica. Mientras los insensatos intentaban prolongar una resistencia inútil y dañosa, él asumió la responsabilidad de la rendición sin condiciones, de la entrega de la capital de España a sus hermanos los españoles de más firme ideología y mayor espiritualidad. Su gesto le situaba en el punto exacto del que no debió desviarse nunca. Volvía a ser el español de buena voluntad, el catedrático, el hombre capaz de rectificar errores.

«Es usted de los pocos que han entendido la asignatura», me había dicho él. Yo pensé que entonces, tantos años más tarde de aquel examen mío, era él el que había entendido, al cabo, la difícil asignatura del bien común. Con toda la tristeza de su fracaso y con todo su bagaje intelectual, próximo a su muerte, ponía fin a una guerra, ya perdida por los suyos, y retornaba a los cauces de ponderación y equilibrio: aquel final era pura Lógica.



LA MADRE Y EL HIJO

(FRAGMENTO)

El día en que cayó el más alto ramo de la acacia, todo estaba en orden en la casa:

el pan sobre la mesa, las flores perfumando, y se oía el último paso, seguro y leve, sin que lo supiese nadie.

Apenas la mística mano de flores

se abría en sigilo absoluto

con el silencio más hondo

de la tierra a la nada.

Ausente cada uno, cada uno se anudaba a su propio pensamiento,

arrastrando ya, sin saberlo, el infortunio del mayor bien perdido.

Llegaba el rumor de algo definitivo,

mensaje de regiones de otro tiempo,

grito ahogado de una sombra distante

que aún no nos tocaba el costado,

ala quebrada de una oración sin pulso,

ráfaga helada de un corazón sin aliento,

lágrima de amor del adiós verdadero.

Ninguno sabía que las raíces estaban contadas,

que el tronco se secaba,

que más intensamente perfuman

las flores cuando son cortadas

para siempre, mientras todo está en orden

para la muerte.

Aquel día de diciembre, al comenzar la mañana,

me quedé sin alma.

No lloro por mi madre muerta.

Lloro por mi propia muerte.

GABRIEL ULLOA